

EL GAVIOTA.

por José Díez-Canseco.

(Especial para "Amauta").

Al Cojo Badhan, Primer Comandante del R-5. A don Peter Canga, Segundo de ese buque. Al Negro Bastante, Teniente 1º, Jefe de Ingeniería. A Willie Tirado, que le dicen Chica Pierna. Al Cojo Romero, mi amigo y mi hermano. A Llosita, el pichón de a bordo.

A los Oficiales de Mar y Marineros. A Nario, cuya vida en la Armada es casi un ejemplo. A Dieguez y a Montrueil. A García, (a) Saqueo, hermano del otro García, (a) Muladar. Al zambito Heredia criollo jaranista y farolero.

También al chino Ugaz, el cocinero, a cuya sobrina enamoraba Gamarra.

A todos vosotros, amigos y camaradas, que a diario tiráis vuestras vidas por sobre la borda y a diario os las devuelve la Mar porque, acaso, no las quiere, todavía...

A vosotros.

J. D-C.

PRIMERA PARTE.

*José Díez-Canseco*

A las siete de la mañana los chinos marchan con sus carretillas de emoliente. Cambian los densos capotones nocturnos por uniformes kakis policíacos. El puerto comienza su vida agitada, febril; bullanguera.

La sirena de la Dársena pita ya furiosamente llamando peones. Los hombres tostados, membrudos, llegan -la americana sobre un hombro, desgarrada la marcha, la gorra sobre la nuca, el pucho en un ángulo alegre de la boca, - en grupos de cuatro, tres, siete. Charlan tumultuosamente llamándose por mote y bromas que corean las carcajadas estridentes y zumbonas de los otros:

-¡Pato chinooo!

-¡Tu madreee!

Y las carcajadas restallan como latigazos de chunga sobre el damnificado con el mote y el damnificado con la madre.

La luz del sol alegre todavía se chafa en la neblina que zahuma yodo. Las olas estrien sobre las piedras de la playa larga guirnalda florida en blanco. ¡Diez mil soles para mañana salen!

Mañanita del Callao trascendiendo a pisco y tufos de chicharrones. Los palomillas periodiqueros lanzan el pregón estentóteo: "¡con el crimen de La Victoria, La Prensa!" Los trenes arrastrando carros que se cimbran con las pancas de algodón, con las pipas de vino, con las maderas plurales, con los sacos mineros. Trepida el puerto con el estridor de grúas, bielas, martillos, cadenas, con toda la barafúnda estupenda de la lucha cotidiana. Viejo puerto querido despertando ante la mar mansa, suave, panda, surcada por botes que dejan sobre la estela juguetona un cantar x zandunguero. Los remolcadores -San Lorenzo No.1, el Alcatraz, el Chalaquito, - arrastran las barcazas con las reses mugidoras. Lejos, transatlánticos en que se adivinan lujos y confortes. Calateros peruanos hermanados, antes del Pacto, con los chilenos que lucen a popa la estrella única. Sobre los adoquines de la Plaza Grau,

saltan tintineantes carretillas de sifones, kolas, cervezas, -Pilsen Callao,- con las tres mulillas corretonas. Los vendedores de diarios asaltan a los oficiales que esperan las lanchas para sus buques: Grau, Bolognesi, Lima, Rodriguez, los "Erres". Alrededor del monumento al Héroe marineró los fleteros esperan, pronta la charla jacarandosa, a los viajeros que traerán los eléctricos de Lima. Y sobre el barullo inmenso y estridente, el rezongar pausado de la mar abuela.

Por el claro del norte taja en el horizonte sus mástiles un buque. Apenas le arrastra el vaho claro de su chimenea. Tiene la pinta verde y no es familiar en el litoral. A la primera boya un remolcador se le pone al paio, y lanza dos cabos a las vitas de proa. Se juntan en un traquido y hay saludos que vuelan entre ambas cubiertas. Llega después, ríemora excusable, gentes del Resguardo, oficial de la Capitanía y bar-chilón prudente: no hay viruela, ni bubónica, ni escorbuto. Grandes las letras rojas lo delatan: "Albatros". En la popa repite el mote y apunta el puerto: Liverpool. Hora y media de viaje por entre los buques surtos en la bahía. Se acodera al muelle.

Le aguaitaron los papeles a don Charles. Todo en orden. Madera de San Francisco y carbón de Melbourne. Largo viaje desde Australia con recalada en Frisco. Don Charles, -treintaicinco años, paño azul, pipa, manos bastas y barba en punta,- invita en su Cámara unos tragos de Negrita de Jamaica.

-Nada ~~a~~ extraordinario. Buen viaje. A la cuadra de Costa Rica, papagayos. Quince días en Callao, regreso a Guayaquil y de allí a Amberes. Después, ya ordenará la Agencia. Nunca falta carga y hay que seguir el baile.

Con el dorso de la diestra tatuada, -ancla con dos corazones,- se enajugó mostachos y barba. El cabo Céspedes inquirió sobre la tripulación:

-Gente buena, don Céspedes. Trabajan duro. Eso si, mucha ~~agua~~ agua y mucha carne, ¡God dam! Carne a todas horas. Pescado, ni verlo. Pero buena gente, buena...

-D'bridge's ready, Cap.

-Right.

Desde el muelle ordenó don Charles:

-Brown y Caillaux cuentan la carga. Regreso a las once.

En el Albatros, bajo la fría mirada azul de Brown y bajo los bigotes marseleses del franchute, comenzaron los hombres a descargar maderas y sacos enhollinados. El cisco se entraba por los ojos. Sin hablar, con gestos de las manos mudas, los hombres -todas las razas- iban descargando con un compás isócrono. Las grúas izaban los bultos, descendían luego y volvían otra vez, sin que ni una gota de sudor humedeciese las espaldas tostadas de los hombres del barco:

-¡Ahora! ¡Vira! ¡Ahora!

Despidiose don Charles de la compañía con promesas de verse mas tarde y marchó al Bar de los Marítimos. Tras el mostrador Madame Simonne, vieja rubiales y pintada, disponía sus últimas órdenes para ir a dormir:

-¡Tiens! ¡Don Charles!

-¡Me voici!

-Et... ça va?

-¿Pourquoi pas? ¡Me donnez vous un chop?

La charla siguió en francés, inquiriendo la proxeneta por tierras lueñas y lueñas mujeres. Hablaron de todo un poco, riendo y picardeando la vieja tras el mostrador, el marino ante el chop y un pedazo de carne con ensalada. Luego pidió pan de cebada y té. La vieja se despidió renga de sueño y malanoche:

-¡Alors, a demain, M'sieur! J'espere que nous sommes encore des bons amis?

-Sans doute...<sup>A</sup>/Tout a l'heure, Madame Simonne...

-Au revoir, M'sieur...

Solom ante las viandas, regando la ensalada y la carne con la cerveza, don Charles pensó en el modo de llevarse una carguita a Paíta. Pero no había a quien dirigirse. ~~ya~~ ¡Y había de ir al puerto piurano! Quince años hacían, desde que murió la madre, -mulata peruana, dulce y mimosa como todas nuestras zambas costeñas,- que no había regresado al puerto donde naciera. Hijo de un viejo marino inglés y de una criolla de Piura, nació allí, en el puerto cálido y arenoso y por sus playas inmensas correteó en compañía de los palomillas porteños. De su madre guardaba ese recuerdo, -anchos ojos negros, manos gruesas, busto alto, linda la naricilla pícaro, carnosos los labios rojos,- que es más emocionado en estos vagabundos. Todavía cantaba, en las noches solitarias de a bordo, las resbalosas, los tonderos, los tristes peruanos que ~~en~~ su madre hacía gemir en la vihuela picarona. Quería ir a Paíta. Pero, ¿dónde diablos podría conseguir una carguita, así fuera de quince sacos de maíz o dos chanchos, para poder recalar en el puerto miserable? Unos hombres llegaron. Peones que venían a beber, junto con el capataz del camión que recogiera la carga del Albatros, unos tragos de cerveza después de haber sudado en el carguío. Cambiáronse saludos y se inició la charla. Don Charles hizo servir unos chops. En una mesa vecina, un palomilla, vendedor de diarios y lotería, desayunaba con un tazón de café y leche en el que mojaba un cacho con mantequilla. ~~Uno~~ Uno de los circunstantes saludó al muchacho:

-¡Qui'ay, Gaviota?

. . .

Todo el encanto de Cantón, de Shang-Hay, de esos puertos chinos, miserables y sucios, con sus pan-ho y sus cabañas sostenidas por estacas; Hong-Kong, europeizado, con muelles amplios y edificios altos, con poli-

el interior de la chaqueta. -¿Vamos?

-Esperate.

Una esterlina trinó sobre la mesa. Protesta. ¡El gringo no podía pagar! De todos modos, le trajeron el vuelto. Unas bromas y ¡hasta luego! con Gaviota que le seguía.

-¿Muy lejos?

-No, mister. Aquí no más. Don Roberto es manso pa' tratos. Ver'a que chapa carga y gorda.

-¿Lo cénoces?

-¡Si nó! Es mi casero pa' la suerte y siempre chorrea propina. A veces me da cachuelos de carga. Yo lo conozco dende la Boca'e Chapa. Una señora que tiene niñas por la calle'e Castilla. Por las noches, tiro allá partida'a cajón y, a veces, canto.

-¿Tú vas a eso?

-¡Claro! Son cachuelos que caen y...

-¿Y tus pap'a y mamá?

-¡No hay perro que me ladre!

-¿Don<sup>de</sup> vives?

-Cuando hay conque, en el solar de Nuestra Señora del Carmen. De no, en cualquier parte: en las bancas de la plaza o por la Chaza. Pero no es vida que me guste. Yo quisiera embarcarme... Soy guapo pa'l trabajo...

-Muy muchacho todavía...

-¡Ayayay!

-¿Quieres embarcarte? Necesito un grumete...

-¡Yaque, patrón! En la Capitania se arregla todo.

Y prosiguieron en silencio. Los camiones inmensos pasaban haciendo temblar el piso. Las gentes cruzaban en la premura del trabajo. Una brisa fresquita combaba los toldos de los bares como velas cangrejas. El sol esmaltaba las veredas regadas. ¡La de a mil! Un policia detuvo

(6)

cias francesa, ~~añon~~ yanqui, inglesa; los verdes puertos despejados del Pacífico, todas las visiones de un Oriente de fábula fué desfilando por la fabla cruda y enrevesada del anglo-criollo. La sordidez ~~xx~~ <sup>esas</sup> asfixiante de los burdeles de ~~los~~ puertos, ~~los~~, con sus bajas pasiones y sus vicios, con sus pobres francesas, alemanas, polacas, americanas, y sus ambiguos muchachos de la Cochinchina francesa; los fumaderos de opio y los garitos; la presteza para el cuchillo y la eficacia de los puños, todo ese marco que prestigia la vida de las gentes marineras, narradas a los peones de los muelles, iba sorprendiendo, una vez más, al Gaviota que desayunaba en la mesilla contigua. El mocoso escuchaba con los ojos pávidos de asombro las historias que don Charles contaba. Y el gesto sobrio que rubricaba la voz fuerte y calmosa del Capitán, iba conquistando la admiración del muchacho, que debiera estar ya habituado a estas historias exageradas y repetidas.

Se hizo un silencio. Todos bebieron el resto de los vasos y uno pidió otra ronda. Don Charles rellenó la pipa y pidió fuego. Humeó un rato y exclamó:

-Me hace falta un muchacho. Estos pen... dencieros, en puerto que llegan, desertan. En Frisco se me fueron tres hombres y sólo pude enganchar uno...

-¡Qué barbaridad!

-Y, dígame, don Robles, ¿dónde podré encontrar al señor Cortez? Busco carga que llevar a Paita.

-En la calle Adolfo King, Capitán... -terció el palomilla de la mesa inmediata.

-¡Ahá!

-Yo se ~~añon~~ aonde es, Capitán. Si quiere, lo acompaño... -ofreció el muchacho puesto de pie y guardandose los numeros de lotería en

el tráfico:

-Aquí es, patrón...

-Esperame a las diez en la Capitanía.

-Tá bien.

Así se unieron para siempre un vagabundo marinero y un palomilla chalaco. Así los unió ~~ix~~ el Destino, mientras desayunaban en los Marítimos. Así se juntaron mozo y hombre y, mas tarde, en las vueltas de la vida, peor que esa mar de encantos y de furias, ambos habrían de llorar, uno, su afecto trunfo, otro, su sed vagabundera.

-¡Hasta luego, mister!

-¡Hasta luego, Gaviota!

## II.

-¡Mi madre, qué concha! Me largo, sí, me largo. Ahorita mismo me voy por mis cosas. El corazón de Jesús se lo dejo a la portera. Mi ropa y el Señor de los Milagros. ¡Ah! Mis frazadas. Allá debe hacer frío. ~~xx~~ ¿Cuánto tiempo estaré a bordo? ¡Todo mi vida! ¿Pa qué volver? ¡Gringo congonudo!

Los dieciseis años de Gaviota saltaban con una alegría bailarina. Hijo de un Hospicio, de un azar, no tenía a quien rendir cuentas. No hubo afectos nunca. Fué siempre generoso con las hembras que su viveza de criollo le conquistaba y supo, siempre, hacerse respetar porque a golpes no hubo Dios que le pisara el poncho. Siempre fué así, absurdo, ~~xx~~ donjuanesco, generoso, y jamás, pero jamás, tiró un puñete sin razón ni lo recibió sin honor. Guapo y con cierta absurda belleza de los criollos, ágil y bueno, la vida le fué fácil por falta de prejuicios, que le llevaban hasta la alcahuetería, y por generosidades rumboas que le hacían gastarse el producto de sus ventas en una ronda de pisco o media de cervezas. Y ahora se iba, íse iba! Irremisiblemente. Su viejo sueño

de ser marinero, de vivir en intimidad con esos hombres que, en su imaginación, él aureolaba con un prestigio de guapezas, iba a realizarse. Vivir en el mar, luchar en el mar, rendir a las hembras lejanas de otras tierras, y gastarse sus soles en un capricho o en un rumbo. Mozo chalaco, es decir: tarambana, generoso, macho.

Llegó al callejón. Revolvió el cuarto y en las frazas puso todo su avío. Añadió la oleografía del Señor milagrero y la ~~x~~ <sup>pa</sup>chaveta, "por si aca".

-¡Misia Francisca! ¡Misia Francisca!

-¡Qui'ay!

-Le vendo mi bañl y este corazón de Jesus: una libra.

Regateó la zambona largo rato. Al fin entregó la libra. El muchacho yapó con los huachos de la de a mil.

-¿Aonde te vas?

-¡A la mar! Me han contratao pa piloto... -palanganeó Gaviota.

y sin decir adios, sonriéndole el alma por los ojos achinados y la boca sensual, al Gaviota se dirigió a la Capitania, a esperar a don Charles, para iniciar su nueva vida con un equipaje miserable, una chaveta <sup>su alegría</sup> y diez soles en el bolsillo.

Un rato esperó todavia, rodeado de amigos que le veían cargado con el avío. Preguntas y respuestas sobre el futuro viaje. Envidias y parabienes. Bromas y consejos. Hasta que llegó el gringo.

-¿Encontró la carga, mister?

-No hay nada.

-¡Qué se va'cer!

En la Capitania opusieron algunos reparos. Despues de algunas idas y venidas, todo se saldó. Extendieron el contrato. Viaje redondo. Doce soles a la semana. Un empleado preguntó:

-¿Nombre?

-Néstor Gaviria.

-¿Edad?

-Dieciocho años... -mintió el Gaviota.

-¿Seguro?

-Sí, señor.

-¿Nacionalidad?

-Chalaco.

Unos trámites más y todo quedó arreglado. De allí, a la Chaza. En un chinchorro esperaba un mocetón rubio, dentro de una camiseta de jersey azul, torciendo un cigarro. El Albatros se había desacoderado después de entregar la carga. El Capitán explicó al rubiales que ese, Gaviria, era el nuevo grumete. Inmediatamente, el otro entregó los remos y don Charles ordenó ¡a bordo! Gaviota acomodó su equipaje, se despojó de la chaqueta y sus Brazos fuertes y finos arquearon los remos.

Por una escala de cuerda prepararon al buque. El grumete llevó el chinchorro hasta el tangón, asegurándolo con un cabo. Luego, con dos flexiones, trepó hasta la borda con el equipaje a la espalda. Los hombres de a bordo sonrieron en un saludo mudo. Entre los rollos de cabos y drizas, el mozo avanzó hasta don Charles.

-¡Gerling!

-¿Patrón?

-Dígale a Brown que este es el nuevo grumete. Denle la litera 7. Allí arreglará sus cosas.

-L'right.

Alrededor de una ancha y basta mesa, unos banquillos sin respaldo. Adosadas al maderamen, sobre la obra muerta, las literas con los colchones arrollados. La Cámara estaba impregnada de brea, de tabaco, de alcohol. De un travesaño, una lámpara de carburo. Dos hombres roncaban en

la beatitud de la hora ociosa. El Gaviota acomodó el equipaje y colgó el cuadro del Señor de los Milagros. Tendió la cama y preguntó al acompañante que le observaba curioso y risueño:

-¿Y ahora?

-El almuerzo.

-Bueno, me ~~presentarás~~ presentarás a los otros...

-Ya irán llegando.

-Don Charles dice que vaya a ver a un tal Braun...

-Si, vamos.

Brown le recibió secamente. Después de escuchar, en el inglés del sueco Gerling, que ya había nuevo grumete, apenas si murmuró:

-Ya tendrás trabajo, ¡y duro! Ya hablaremos.

-Té bien, señor.

### III.

Una campana llamó tres veces. Los tripulantes, -camisetas sucias, burdos pantalones azules, gorras húmedas, barbas sin afeitar,- fueron llegando pausadamente, con esa lenta pesadez de los hombres de mar que siempre están guardando, aún en tierra, el equilibrio de un balance del que ni se percatan. Al extremo de la mesa presidía don Charles. Luego, por orden gerárquico, Brown, Bossio, Gaillaux, a la derecha del Capitán. Así, hasta el extremo opuesto. A la izquierda, otros hombres, -Levecq, Carrizales, Kalúa, ~~San~~ Zarralaín,- una serie de ~~de~~ rostros curtidos, prietos, de fuertes mandíbulas y ojos que la mar azula vagamente. Trajeron un caldo con pedazos de pan y fideos gruesos. Luego, trigo y carne. Una banana. Para todo esto, agua después del café. Los hombres comían en silencio, calmosamente, produciendo un rumor sordo. A veces, una vaga palabra y el silencio después. Habitados unos a otros, en la intimidad de la vida cotidiana, no había entre ellos novedad alguna.

Al Gaviota lo tomaron como a un antiguo camarada, sin saludos efusivos. Esto le sorprendió dejándole una sensación de desengaño. Había esperado una ruidosa ~~acogida~~. ~~Y en vez de eso, como si fueran desconocidos~~ Y sólo la muda sonrisa de bienvenida de estos hombres fuertes que veían venir a un chiquillo a compartir con ellos las faenas del oficio más macho del mundo.

Brown llamó aparte al Gaviota. Ordenó algunas ~~vagas~~ cosas y después le advirtió:

-A bordo no hay discusiones. El que manda, manda. Aquí eres el último y no valen vivezas ni olvidos. Esta vida es dura, pero buena. Hay que aprender a ser hombre, y sólo se vale por lo que se trabaja: ¡no lo olvides!

Gaviota escuchaba serio las advertencias del gringo. Después, con esa fácil cualidad criolla del acomodo, se sometió sonriente:

-Tá bien, patrón!

La tarde pasó ociosamente. Largas partidas de briscán bajo las drizas húmedas. Llegó la hora de los colores. Como un muerto, San Lorenzo opacaba su silueta enorme. Las primeras estrellas se encendieron reflejándose en la mar tranquila. Una brisa leve zumbaba en las jarcias. El malecón del puerto se encendió de pronto. Los cobres de una charanga militar palanganeaban un paso-doble lejano. Unas aves cruzaron lentas en la dulzura de la tarde. Inmenso, un transatlántico ~~partió~~ zarpó gravemente.

Allá, en tierra, los amigos seguirían vendiendo diarios y suertes. Mas allá, en el Cine Edén, Richad Dix desenvolvería, en un película de series, una teoría de trampadas. Los tranvías viajando atiborrados de ciudadanos; la victrola del prostíbulo; la pianola de los Marítimos; toda la vida agitada del puerto desenvolviéndose como todos los días, volvió a su recuerdo. Una vaga desazón, -desconfianza, pasmo ante ~~xxx~~

13

su nueva vida,- le tomó desconsideradamente. Sobre la borda que subía y bajaba con el balance de los tumbos mansos, se quedó pensando en todas sus antiguas andanzas. Pero como <sup>no</sup> había perro que <sup>le</sup> ladrara; como ningún afecto le sujetara en tierra; como en su vida no había conocido más derecho ni más protección que la que le daban sus golpes, arrojó recuerdos y saudades para sentirse libre. Y con una última mirada se despidió para siempre de los amigos del barrio peligroso y querido:

-¡Tierra chalaca!

o o o

Al día siguiente comenzó la carga: ¡un sin fin de sacos de huano! Los hombres cargaban de los lanchones amarrando los sacos de dos en dos. La grúa los izaba rápidamente dejándolos caer luego en las bodegas. Abajo, otros hombres apilaban los sacos estibando la carga. Junto al palo mayor, recostado en una cachimba, Gaviota miraba la operación en silencio. Mentalmente seguía el compás de los hombres: una, dos tres; una, dos, tres. Todo aquel y el día siguiente y otros días más duró la faena. Al fin, unos individuos subieron por la <sup>escala</sup> ~~escala~~ frágil. Gaviota rió descortesmente de la torpeza con que trepaban. Eran empleados de la Compañía de Seguros, de la Capitanía, del Resguardo.

-¿Cuándo zappamos?

-Posiblemente, esta noche. Ya no tengo nada que hacer aquí. En un solo viaje hasta Guayaquil. De allí a Amberes, a descargar el resto.

-Entonces, ¡buen viaje, don Charles!

-Muchas gracias. Tomaremos antes un trago...

-Cómo no...

El Capitán ordenó a Gaviria que llevase, a su Cámara, copas limpias. A poco el muchacho se apareció con las copas y de distinto juego, sobre una bandejita bien fregada. Los invitados hablaban a gritos ante el mutismo del patrón de a bordo. Este sirvió unos tragos de whiskey. Des-